

que le visitaban en esos días se contaban por centenares, y á todos se les invitaba á «probar» de este ó de aquel plato raro.

Esto concluyó en que el príncipe se dió tales trazas, que se comió literalmente una gran fortuna; su casa, lujosamente montada, y sus estados se vendieron, y cuando él y su mujer llegaron á la vejez, nada les quedaba, ni un hogar siquiera, viéndose obligados á vivir con sus hijos.

No es, pues, maravilla que al venir la emancipación de los siervos, casi todas estas familias del barrio de los Viejos Caballerizos, estuvieran arruinadas. Pero no debo anticipar los acontecimientos.

VII

El mantener tan numerosa servidumbre como la que había en nuestra casa, hubiera sido verdaderamente ruinoso, de haber tenido necesidad de comprar todas las provisiones en Moscou; pero en aquellos tiempos en que existían los siervos, el problema se resolvía con gran facilidad. Al llegar el invierno, mi padre se sentaba á la mesa de su despacho, y escribía lo siguiente:

«Al administrador de mi estado, Nikolskoye, situado en el gobierno de Kalúga, distrito de Merchóusk, sobre el río Sirena, del príncipe Alexei Petronick Kropotkin, coronel, y comendador de varias órdenes:

Al recibo de ésta, y tan pronto como se establezca la comunicación invernal, te ordeno mandes á mi casa, situada en la ciudad de Moscou, veinticinco trineos rurales tirados por dos caballos cada uno, un caballo por cada casa y un trineo y un hombre por cada dos casas, y cargarlos con (tantas) fanegas de avena (tantas), de trigo y (tantas) de centeno, así como con todas las aves de corral, gansos y patos, bien helados, que han de matarse en este invierno, todo convenientemente embalado y acompañado de una lista completa al cuidado de un hombre elegido al efecto»; siguiendo á este tenor hasta llenar un par de páginas, adonde se hacía punto final. Después seguía la enumeración de los castigos que se impondrían, en el caso de que las provisiones no llegaran á la casa situada en tal calle, número tal ó cual, á su debido tiempo y en buenas condiciones.

Antes de Navidad llegaban á casa los veinticinco trineos rurales, cubriendo la vasta superficie del patio.

—¡Froll—gritaba mi padre desde que tenía noticia de este gran acontecimiento— ¡Heryushka! ¡Yegarka! ¿Dónde están? ¡Van á robarlo todo! ¡Frol, ve á recibir la avena! ¡Uliana, ve á recibir las aves! ¡Heryushka, llama á la princesa!

Toda la casa se ponía en conmoción, corriendo los criados atropelladamente en todas direcciones, del salón al patio y del patio al salón; pero

con preferencia al departamento de las doncellas, para dar allí las noticias de Nikolskoye: «Pastia se va á casar después de Navidad. Su tía Anna ha entregado su alma á Dios», y otras por el estilo. También habían venido cartas, y nunca faltaba una criada que subiera á mi habitación.

—¿Estáis solo? ¿No está el maestro?

—No; está en la Universidad.

—Bueno, pues entonces, tened la bondad de leerme esta carta de mi madre.

Y yo le leía la carta candorosa, que empezaba siempre con estas palabras: «Padre y madre os mandan su bendición por todos los siglos de los siglos.» Después de lo cual seguían las noticias: «Tía Eupraxie está enferma, le duelen todos los huesos, y tu primo no se ha casado aún; pero espera hacerlo después de Pascua; y la vaca de tía Stepanida murió el día de Todos los Santos.» A continuación venían las memorias, que llenaban dos páginas: «Hermano Paul te manda memorias, tus hermanos Mary y Darea te mandan memorias, y después tío Dmitri te manda también muchas memorias», y así sucesivamente. Sin embargo, á pesar de la monotonía de la enumeración, cada nombre daba lugar á una observación: «Luego, vive aún, pobre criatura, cuando manda memorias; hace nueve años que está baldada.» O esta otra: «¡Ahl no me ha olvidado; entonces volverá por Navidad; es guapo

muchacho. ¿Me escribiréis una carta, no es verdad? pues no debo olvidarlo.» Yo, como es natural, lo prometía, y á su tiempo la escribía en el mismo estilo.

Después de haberse descargado los trineos, se llenaba el salón de campesinos, que se habían puesto sus mejores ropas sobre sus zamarras, y aguardaban hasta que mi padre los llamase á su despacho, á echar un párrafo sobre la nieve y el aspecto de las próximas cosechas. Apenas se atrevían á andar con sus pesadas botas sobre el suelo encerado; los menos se aventuraban á sentarse al borde de un banco de madera; pero ninguno osaba hacerlo en silla. Así aguardaban horas enteras, mirando con recelo á todo el que entraba ó salía en el gabinete de mi padre.

Más tarde, por lo general á la mañana siguiente, uno de los criados había de subir con cautela á la habitación que servía de clase.

—¿Estáis solo?

—Sí.

—Entonces venid pronto al salón. Los campesinos quieren veros; traen alguna razón de vuestra nodriza.

Cuando bajaba allí, uno de ellos me había de dar un bultito, conteniendo comúnmente algunas tortas de centeno, media docena de huevos duros y algunas manzanas, envuelto todo en un pañuelo de algodón de vivos colores. «Tomad eso; vuestra nodriza Vasilina es quien os lo man-

da. Mirad si se han helado las manzanas: espero que no; las he traído todo el camino en el pecho. Hemos tenido espantosas heladas.» Y en el ancho y franco rostro, rodeado de una barba espesa, se dibujaba una sonrisa, mostrando dos hileras de hermosos dientes blancos á través de un verdadero bosque de pelo.

—Y esto es para vuestro hermano, de parte de su nodriza Unna—solía decir otro del grupo, dándome otro envoltorio semejante.— Ella dice —agregaba—: nunca tendrá bastante en la escuela.

Yo, avergonzado, y no sabiendo qué decir, acababa por murmurar: «Decid á Vasilina que le envíe un beso, y á Unna otro por mi hermano», lo que todos escuchaban con alegría.

—Lo haré así; perded cuidado.

Entonces Hirila, que había estado al acecho vigilando la puerta del despacho, venía á decir á media voz: «Marchaos corriendo arriba; vuestro padre puede venir de un momento á otro. No olvidéis los pañuelos: quieren llevarlos de vuelta.

Mientras que los doblaba con cuidado, pensaba en mandarles alguna cosa; pero no tenía nada, ni aun juguetes, y jamás disponíamos de dinero de ninguna clase.



Donde mejor nos encontrábamos, como es de suponer, era en el campo. Desde el momento que pasaban la Pascua de Navidad y la de Pen-

tecostés, nuestro pensamiento se fijaba en Nikolskoye. El tiempo transcurría, sin embargo; la época de las flores se extinguía, y una multitud de negocios retenían aún en la población á mi padre. Al fin, cinco ó seis carros de labranza entraban por la puerta del patio: venían á recoger todo lo que era necesario mandar á la casa de campo.

El antiguo coche grande y los otros carruajes en que habíamos de hacer el viaje, se sacaban de las cocheras y se inspeccionaban una vez más: luego se empezaba á hacer el equipaje, y nuestras lecciones progresaban poco, porque á cada instante interrumpíamos al maestro, preguntando si habíamos de llevar tal cual libro, y mucho antes que los demás, dábamos comienzo á empaquetar nuestros libros, nuestras pizarras y los juguetes que nosotros mismos nos habíamos hecho.

Todo estaba dispuesto: los carros se encontraban bien cargados de muebles, cajas con los utensilios de cocina é innumerables botes de cristal vacíos, que debían volver en el otoño cargados de toda clase de conservas. La gente aguardaba inútilmente todas las mañanas la hora de partir; pero ésta no llegaba. Mi padre seguía escribiendo todo el día en su despacho, y de noche desaparecía, hasta que al fin, habiéndose aventurado una doncella de mi madrastra á decir que la gente estaba deseosa de volver, por-

que se acercaba la época de segar el heno, aquélla intervenía.

Al día siguiente, Frol, el mayordomo, y Mikael Aleeff, el primer violín, eran llamados al gabinete de mi padre. Se le entregaba al primero un saco con el «dinero del camino», esto es, algunas monedas de cobre diarias por cabeza para cada una de las cuarenta ó cincuenta personas que formaban la expedición; y, además, una lista, en la que figuraban todos: la banda completa, después los cocineros y sus ayudantes, las lavanderas y la mujer que las ayudaba, que se veía con seis hijos pequeños: Polka la Bizca, Domna la Grande, Domna la Chica y los restantes.

El primer violín recibía la «orden de marcha». Yo estaba bien enterado, porque viendo mi padre que no concluía nunca, me había mandado que la pasase al libro donde guardaba copia de todo lo que mandaba fuera:

«Al sirviente de mi casa, Mikhael Aleeff, del príncipe Alexeíl Petroních Kropotkin, coronel y comendador.

»Te ordeno marches, hecho cargo de la expedición, el 29 de Mayo, á las seis de la mañana, partiendo de la ciudad de Moscou en dirección á mi estado, cuya situación es el gobierno de Haluga, distrito de Meschousk, sobre el río Sirena, representando una distancia de ciento sesenta millas de esta casa, cuidando del buen proce-

der de los hombres encomendados á tu dirección; y si alguno de ellos cometiera alguna falta, observando mala conducta, embriagándose ó incurriendo en insubordinación, lo presentarás al comandante del destacamento, que, perteneciente á las guarniciones del interior, halles más inmediato, con la adjunta carta circular, pidiendo que lo azoten (el primer violín sabía lo que esto significaba), como ejemplo para los demás.

»Se te ordena también mirar especialmente por la integridad de los géneros encomendados á tu custodia y caminar con arreglo á la instrucción siguiente: Primer día, parada en el pueblo (tal) ó (cual), para que descanse el ganado; segundo día, pasar la noche en el pueblo de Rodolsk», y así sucesivamente para los siete ú ocho días que había de durar el viaje.

El día siguiente, á las diez, en vez de á las seis—la puntualidad no es una virtud rusa («gracias á Dios, no somos alemanes», acostumbraban á decir los verdaderos rusos)—, los carros se ponían en movimiento. La servidumbre tenía que hacer el viaje á pie; sólo los niños se acomodaban en una bañadera ó una banasta en lo alto de los carros, y algunas de las mujeres encontraban un descanso temporal en sus bordes; los demás tenían que andar todos los 565 kilómetros. Mientras que se atravesaba Moscou se mantenía la disciplina; estaba terminante-

mente prohibido el usar botas altas ó llevar fajas por encima del traje. Pero cuando se hallaban de camino, en el que los encontrábamos un par de días más tarde, y, sobre todo, cuando sabían que mi padre permanecería algunos días más en Moscou, los hombres y las mujeres, vestidos de la manera más estrambótica, con pañuelos de algodón ceñidos á la cintura, tostados por el sol ó empapados bajo la lluvia, y apoyándose en palos que habían cortado al paso, parecían indudablemente más bien una banda errante de gitanos, que la servidumbre de un opulento propietario. Iguales peregrinaciones se hacían de todas las casas en aquella época, y cuando veíamos una fila de criados marchando á lo largo de una calle, ya sabíamos que los Apukhtins ó los Pryanishnikoffs se iban fuera.

A pesar de haberse marchado los carros, la familia no se movía: todos estábamos hartos de esperar; pero mi padre continuaba escribiendo interminables órdenes á los administradores de sus estados, que yo diligentemente copiaba en el gran libro destinado al efecto. Por último, se dió la orden de partir: se nos llamó abajo; mi padre leyó en alta voz la orden de marcha, dirigida á «la princesa Kropotkin, esposa del príncipe Alexei Petrovich Kropotkin, coronel, y comendador», en la que se especificaban las paradas que se habían de hacer durante los cinco días de viaje. Verdad es que la orden se había

redactado para el 30 de Mayo, y hora de salida las nueve de la mañana; y como estábamos ya en Junio, y se había de partir por la tarde, todos los cálculos quedaban nulos; pero, como es costumbre en las órdenes de marcha militares, este caso había sido previsto, y la dificultad resuelta en el párrafo siguiente:

«Pero, sin embargo, si, contrario á lo que es de esperar, la partida de vuestra alteza no tiene lugar en el referido día y hora, se os encarga procedáis con arreglo á vuestro mejor criterio, con objeto de realizar el viaje en las mejores condiciones posibles».

Entonces todos los presentes, familia y sirvientes, se sentaban un momento, hacían la señal de la cruz y se despedían de mi padre. «Te suplico, Alexis, que no vayas al club»—le decía á media voz nuestra madrastra. El carruaje grande, tirado por cuatro caballos, con un postillón, se hallaba á la puerta, con su pequeña escala desdoblada, para facilitar la ascensión, encontrándose también allí los demás coches. A pesar de que nuestros sitios estaban enumerados en la orden de marcha, ya nuestra madrastra tenía que hacer uso de su «mejor criterio» aun en este primer periodo del viaje, y partimos con gran satisfacción de todos.

Esto era una fuente inagotable de placeres para nosotros los niños. Las jornadas eran cortas y parábamos dos veces al día para echar un

pienso á los caballos. Como las señoras se sentían molestas cada vez que el desnivel del terreno era de alguna consideración, se creyó lo más conveniente aligerar los carruajes, cuando había que subir ó bajar una cuesta, lo que ocurría con frecuencia, y nosotros nos aprovechábamos de esto para echar una ojeada al bosque que bordeaba al camino ó correr á lo largo de algún cristalino arroyo. La carretera tan bien cuidada de Moscou á Varsovia, que seguimos durante algún tiempo, se hallaba cubierta de una multitud de objetos interesantes; filas de carros cargados, grupos de peregrinos y gentes de todas clases. Dos veces al día hacíamos alto en pueblos grandes y animados, y después de tratar un buen rato sobre el precio del heno y la avena, así como el del samovar, bajábamos á la puerta de una posada. Andrei, el cocinero, compraba un pollo y hacía la sopa; y, mientras tanto, nosotros corriamos al inmediato bosque, ó nos entreteníamos examinando el patio de la gran posada.

En Maloyaroslanetz, donde se dió una batalla el año 12, cuando el ejército ruso intentó en vano detener á Napoleón en su retirada de Moscou, acostumbábamos á pasar la noche. M. Paulain, que había sido herido en la guerra de España, sabía, ó pretendía saber, todo lo referente á la batalla de Maloyaroslanetz; llevándonos al campo de la acción, y explicándonos de

qué modo intentaron los rusos contrarrestar el avance de Napoleón, y de qué manera el gran ejército los derrotó, abriéndose paso á través de las líneas rusas. Lo hacía de tal modo, como si él mismo hubiera tomado parte en la batalla. Aquí los cosacos intentaron *un mouvement tournant*, pero Davoust, ó algún otro general los rechazó, persiguiéndolos hasta más allá de esos cerros de la derecha. Allá, el ala izquierda de Napoleón, desbarataba la infantería rusa, y ahí, el mismo Napoleón, á la cabeza de la antigua guardia, cargó el centro en Hutoraff, cubriéndose él y los suyos de gloria imperecedera.

Mas adelante, tomamos el antiguo camino de Kaluga, deteniéndonos en Tarútino; pero aquí Paulain no era tan elocuente; porque en dicho lugar fué donde Napoleón, que pensaba retirarse por el Sur, se vió obligado, después de un sangriento combate, á abandonar aquel plan, no teniendo más remedio que seguir el camino de Smolénsk, que su ejército había desbaratado durante su marcha sobre Moscou. Pero, así y todo, según manifestaba Paulain, si no hubiera sido Napoleón engañado por sus generales, se habría dirigido en línea recta sobre Kieff y Odesa, y sus águilas hubiesen flotado sobre el mar Negro.

Pasada Kaluga, teníamos que atravesar una extensión de cinco millas, cubiertas de un hermoso bosque de pinos, cuyo recuerdo ha queda-

do impreso en mi memoria como uno de los más gratos de mi infancia. El suelo era arenoso, como el de un desierto africano, y todos nos veíamos forzados á recorrerlo á pie, mientras que los caballos, deteniéndose á cada momento, arrastraban penosamente los coches por la arena. Cuando yo era mayor, gozaba en dejar la familia atrás y cruzarlo yo solo. Inmensos pinos rojos de centenares de años se elevaban por todas partes, no llegando á nuestro oído más rumor que el producido por tan soberbios árboles. Al pie de un pequeño barranco murmuraba un manantial de agua pura y cristalina, y un caminante había dejado allí, para uso de los que vinieran después, un cubilete, hecho de corteza de abedul, con un palito clavado en él, como mango. Sin que se interrumpiera el general silencio, subía la ardilla al árbol, y la maleza se presentaba tan misteriosa como el alto ramaje. En aquel bosque nacieron mi primer amor á la naturaleza y mi primera y confusa percepción de su interesante existencia.

Una vez cruzado el bosque y pasada la barca que servía para atravesar el Ugrú, dejábamos la carretera y entrábamos por sendas rurales, donde verdes espigas de cañamo se inclinaban hacia el coche, permitiendo á los caballos comer algo verde á ambos lados del camino, á medida que marchaban oprimiéndose el uno contra el otro, por vía tan estrecha y limitada. Al fin lle-

gamos á ver los sauces que marcaban la proximidad de nuestro pueblo, y de pronto se presentó ante nosotros el elegante campanario amarillo de la iglesia de Nikolskoye.

*
*
*

Para la vida tranquila de los grandes propietarios territoriales de aquella época, Nikolskoye era un lugar admirable: no se encontraba allí nada del lujo que se observa en otros estados más importantes; pero un gusto artístico se percibía, lo mismo en la construcción del edificio que en la disposición de los jardines y en el arreglo de todas las cosas en general. Además de la casa principal, construida recientemente, había en torno de un gran espacio, libre y cuidado con esmero, varias pequeñas, que sin embargo de dar mayor grado de independencia á sus habitantes, no por eso destruían las íntimas relaciones de la vida familiar. La parte más elevada del terreno estaba dedicada á una inmensa arboleda de frutales, á través de la cual se llegaba á la iglesia; la vertiente Sur de aquél, que conducía al río, era toda un jardín, en el cual los cuadros de flores se veían cruzados por calles de limoneros, lilas y acacias. Desde el balcón del edificio grande se disfrutaba de un hermoso paisaje formado por el río, las ruinas de una antigua fortaleza, en la que los rusos ofrecieron una enérgica resistencia durante la invasión

mongólica, y, más allá, una gran área de campos amarillos cubiertos de cereales, limitada á lo lejos por bosques que se perdían en el horizonte.

En los primeros años de mi infancia ocupábamnos con M. Paulain una de las casas separadas, destinada exclusivamente á nuestro servicio; y desde que su método de educación se había suavizado por la intervención de nuestra hermana Elena, nos llevábamnos muy bien con él. Mi padre se hallaba invariablemente ausente de casa en el verano, que pasaba entretenido en inspecciones militares, y nuestra madrastra no se ocupaba mucho de nosotros, especialmente desde el nacimiento de su hija Paulina. Por consiguiente, siempre estábamos con M. Paulain, quien se hallaba muy contento en el campo y nos dejaba gozar de él. Los bosques, los paseos á lo largo del río, el trepar por los montes hasta llegar á la vieja fortaleza, que la palabra de Paulain reanimaba, contándonos cómo la defendieron los rusos y cómo se apoderaron de ella los tártaros; las pequeñas aventuras, en una de las cuales Paulain fué nuestro héroe, salvando á Alejandro de ahogarse, y alguno que otro encuentro con lobos; todo, en suma, hacía que las impresiones nuevas y agradables fueran infinitas.

Además, se organizaban grandes jiras, en las que toda la familia tomaba parte; unas veces, cogiendo setas en el bosque, y después tomando

te en medio de la floresta, donde un anciano de cien años de edad vivía solo, con su pequeño nietecito, cuidando de las abejas; otras, íbamos á uno de los pueblos de mi padre, en el cual se había hecho una gran presa, en que se cogían doradas carpas á millares; una parte de ellas se mandaban al amo, y las restantes se distribuían entre todos los campesinos. Mi anterior nodriza vivía en ese lugar: su familia era una de las más pobres; aparte de su marido, no tenía más que un niño chico que la ayudara, y una muchacha, mi hermana de leche, que más tarde vino á ser predicadora y «virgen» en la secta disidente á que pertenecían. Grande era su alegría cuando yo iba á verla: crema, huevos, manzanas y miel era todo lo que podía ofrecer; pero la manera de hacerlo, en relucientes platos de madera, después de haber cubierto la mesa con un hermoso mantel de hilo, blanco como la nieve, tejido por ella misma (para los disidentes rusos, la absoluta limpieza es un precepto religioso), y las palabras tiernas que me dirigía, tratándome como á su propio hijo, dejaron una impresión profunda en mi corazón. Otro tanto debo decir de las nodrizas de mis hermanos mayores Nicolás y Alejandro, que pertenecían á familias bien acomodadas de otras dos sectas disidentes, en Nikolskoye. Pocos tienen idea del tesoro de bondad que puede encontrarse en el corazón del campesino ruso, aun después de siglos de la más

cruel opresión, que hubieran podido muy bien habérselo endurecido.

Cuando hacía mal tiempo, M. Paulain tenía una abundancia de cuentos que contarnos, sobre todo respecto á la campaña en la Península. Una y otra vez le exhortábamos á que nos refiriera de qué modo fué herido en una batalla, y cada vez que llegaba al pasaje en que sintió el calor de la sangre que caía dentro de la bota, lo besábamos con entusiasmo y lo tratábamos cariñosamente.

Todo parecía dispuesto á prepararnos para la carrera militar: la predilección que por ella sentía nuestro padre (los únicos juguetes que recuerdo nos trajera fueron un rifle y una garita de centinela), las narraciones guerreras de Paulain, y, por último, hasta la biblioteca que teníamos á nuestra disposición. Esta, que había en otro tiempo pertenecido al general Repninsky, abuelo de nuestra madre, un militar ilustrado del siglo XVIII, se componía exclusivamente de libros sobre cuestiones de guerra, adornados con hermosos grabados y lujosamente encuadernados. En los días de lluvia, nuestra principal diversión era mirar sus láminas, en las que se hallaban representadas todas las armas usadas desde el tiempo de los hebreos, y planos de todas las batallas libradas desde la época de Alejandro de Macedonia. Estos grandes libros ofrecían un material excelente para construir con

ellos fuertes castillos, capaces de resistir por algún tiempo los golpes de arietes, y los proyectiles de una catapulta arquimediana (que por persistir en enviar piedras á las ventanas fué prohibida bien pronto). Sin embargo, ni Alejandro ni yo llegamos á ser militares. Las lecturas de los dieciséis años borraron lo que aprendimos en la infancia.

Las opiniones de M. Paulain sobre las revoluciones eran las mismas de la *Illustration Française*, publicación orleanista, de la que recibía números atrasados, y cuyas láminas conocíamos perfectamente. Durante largo tiempo no podía yo concebir una revolución de otro modo que, representando á la Muerte montada á caballo, con la bandera roja en una mano y la guadaña en la otra, derribando á los hombres á derecha é izquierda: así la pintaba la *Illustration*; pero ahora pienso que lo que á Paulain le disgustaba era únicamente el levantamiento del 48, porque uno de sus relatos respecto á la Revolución de 1789 me causó una impresión profunda.

El título de príncipe se usaba en nuestra casa con motivo ó sin él, lo que debió chocar algo á Paulain, dando lugar á que nos contara lo que sabía de la gran Revolución. No puedo recordar ahora lo que decía; pero una cosa tengo presente, y es que el conde Mirabeau y otros nobles renunciaron en un día dado á sus títulos, y que el primero, para mostrar el desprecio que le ins-

piraban las pretensiones aristocráticas, abrió una tienda, adornada con una muestra, en la que se leía: «Mirabeau, sastre». (Cuento la cosa tal como se la oí á Paulain.) Durante mucho tiempo después yo me devanaba los sesos pensando qué oficio adoptaría para poder anunciarme, «Kropotkin, artesano de tal ó cual cosa». Más adelante, mi maestro ruso, Nikolai Paulovich Smirnoff, y el tono generalmente republicano de la literatura rusa influyeron en mí de igual modo; y cuando empecé á escribir novelas, esto es, á los doce años, adopté la firma P. Kropotkin que jamás he abandonado, á pesar de las reprensiones de mis jefes cuando estaba en el servicio militar.

VIII

En el otoño del 52 mi hermano Alejandro fué enviado al cuerpo de cadetes, y desde entonces sólo nos veíamos en las vacaciones y alguna vez que otra los domingos. El cuerpo de cadetes estaba á cinco millas de casa, y aunque teníamos una docena de caballos, siempre ocurría que, cuando hacía falta que se mandara allí un trineo, no había caballos libres de que disponer. Mi hermano mayor, Nicolás, venía á casa raras veces. La libertad relativa que Alejandro encontró en el colegio, y especialmente la influencia de dos de sus profesores de literatura, desarrollaron

rápida su inteligencia, y más adelante tendré ocasión sobrada de hablar del benéfico influjo que á su vez él ejerció sobre el desenvolvimiento de la mía. El haber tenido un hermano mayor inteligente y cariñoso, ha sido para mí una gran fortuna.

Yo, mientras tanto, permanecía en casa: tenía que aguardar á que me tocara el turno para entrar en el cuerpo de pajes, y eso no sucedió hasta que llegué á muy cerca de los quince años. Se despidió á M. Paulain, y se tomó en su lugar un tutor alemán: era uno de esos hombres idealistas que no es raro encontrar entre los alemanes; pero lo que principalmente recuerdo de él, es el entusiasmo con que recitaba las poesías de Schiller, acompañándolo con un accionar tan ingenuo que me cautivaba. Sólo permaneció con nosotros un invierno.

El siguiente, me mandaron como externo á un gimnasio de Moscou, y, finalmente, vine á quedar con nuestro maestro ruso, Smirnoff: pronto nos hicimos amigos, en particular desde que nuestro padre nos llevó á los dos á su estado de Ryazán. Durante el viaje nos entregábamos á toda clase de entretenimientos, acostumbrando á inventar historias humorísticas á propósito de los hombres y de las cosas que veíamos; al mismo tiempo que, la impresión producida en mi ánimo por el terreno accidentado que cruzábamos, vino á aumentar, de un modo sen-